

Autoridad: poder y saber

¿Autoridad como equivalente de poder o como símbolo de dominio del saber? En el marco de una nueva construcción social, se hace preciso redefinir este concepto. ¿Qué papel juega el bastión de la familia? ¿Y la escuela? ¿Desaparecen los límites? Una directora de escuela, un profesor de Secundaria, una asesora en seminarios educativos, el padre de un chico de 14 años y un joven estudiante de Humanidades buscan respuestas para dibujar un modelo más flexible que suponga una alternativa eficiente al autoritarismo del pasado.

Moderadora: **LOURDES MARTÍ**
Edición del texto: **ALICIA HALPERÍN**
Fotografías: *Teresa Rodríguez*

PARTICIPANTES

Luis González Carrillo

Padre de un chico de 14 años.
Miembro del AMPA del IES José de Churiguera, de Leganés (Madrid).
Correo-e: lugonca@iservicesmail.com

Ignacio Ortiz Taboada

Estudiante de Humanidades en la Universidad Carlos III de Madrid, y de un Módulo Superior de Sonido.
Correo-e: Nacho_ortiz86@hotmail.com

Félix Jiménez López

Profesor de Lengua y Literatura en el IES María Zambrano, de Leganés.
Correo-e: flinixjz@yahoo.es

Trinidad Moreno Navarro

Directora del CEIP Concepción Arenal, de Leganés.
Correo-e: tmnavarro@eresmas.com

Alicia Halperín Chervin

Asesora en Seminarios de Apoyo a la Escuela, en colaboración con el Ayuntamiento de Leganés.
Correo-e: aliciahalperin@gmail.com



¿La autoridad es un valor a la baja?

Ignacio Ortiz (I.O.): Entiendo que hay dos tipos de autoridad. Una que se ejerce porque sí, por tener un cargo, por ser el jefe, el director (y no un buen director). Y otra es la que se desprende de hacer una cosa bien hecha, de desempeñar algo, de saber mucho, de ser válido por algo. Y ésta es la que se ha perdido un poco. Ahora mismo se da más valor a la primera. Y estoy convencido de que, en este momento, existe un importante déficit de autoridad. Tuvimos un ejemplo de unos jóvenes que se han liado a tirar botellazos a la policía por un botellón.

Luis González (L.G.): Puede parecer que sí, que es un valor a la baja. Quizás hayamos perdido el sentido de la palabra "autoridad". Desde mi punto de vista, es un referente que debemos tener en todos los ámbitos: la familia, el colegio, el trabajo, la sociedad. En este país quien la ejerció en la dictadura quizás le haya restado el significado que pueda tener como referente. Y el problema viene de ahí: hemos transitado hacia un camino distinto en que se le quitó todo el contenido anterior, y creo que nos

fuimos al otro lado, y por eso andamos todos un poco perdidos. Estamos intentando buscar qué es eso de la autoridad y qué significado tiene para aplicarlo con sentido común. La autoridad es el conjunto de referentes que tenemos a la hora de estar ante la sociedad. El sentido común de respeto de unos a otros, y cada uno ejerciendo sus responsabilidades desde donde las tiene.

Félix Jiménez (F.J.): En la educación tiene dos vertientes: una si eres una autoridad en la materia, en lo que estás haciendo, y otra es la que se ejerce para organizar el espacio y los momentos para que se dé correctamente el aprendizaje. Puede ser que seas una autoridad, tengas títulos, etcétera, pero lo que enseñes no le interese a nadie, mientras que lo que necesitas es crear un clima y ejercer la presión para que el aprendizaje sea correcto. Este aspecto está más relacionado con el orden y la disciplina entendida como conjunto de medidas que propician el aprendizaje. Las dos cosas son importantes y están relacionadas.

Trinidad Moreno (T.M.): La autoridad es el conjunto de normas que contribuyen

a una mejor convivencia. Pero este concepto queda empañado cuando simplemente te ven como "la persona que establece las normas". En Infantil no soy más que la directora, pero en 6º de Primaria soy "la que pone las normas". Esto desvirtúa el concepto y hace que vaya a la baja. Debería poderse ejercer la autoridad sin que nadie se sienta perjudicado, pero ahora resulta difícil. Y entonces nos encontramos frente a actuaciones indisciplinadas, en las que oímos cosas como "ya no sé qué hacer". No es que proponga volver a la situación en la que valga lo que diga el profesor porque sí, pero hay que saberlo cuestionar.

Alicia Halperín (A.H.): Creo que el tema de la autoridad es una construcción social. Algo en lo que la sociedad está de acuerdo en un momento determinado. Cuando éramos pequeños no había dudas sobre lo que había que hacer. Últimamente la autoridad se empezó a compartir más. Antes sólo era del padre, del juez, del jefe, del maestro. El modelo falló, nos dejó pensando. Los niños y los jóvenes también avanzaron y tomaron un lugar que nos sorprende. Hoy puede haber niños que desconozcan por qué hay personas que ocupan



algunos lugares o sus padres ponen límites o normas. Estamos buscando un modelo nuevo, y nuestra tarea es ser guías, porque ellos descansan en nosotros, buscan modelos, marcos para moverse, apoyo. Si nosotros dejamos ese lugar, ¿a quién miran ellos?

T.M.: Pasamos de una normativización muy grande a cuestionarnos si se necesitan o no esas normas. Ahora parece que todo lo que venga de las autoridades no hay que tenerlo en cuenta. A los niños hay que darles normas para poder seguir adelante, no para coartar, sino para poder convivir. Cuando una norma o una advertencia llega de algún cargo –por ejemplo, un adulto, un político–, no se ve como una idea para funcionar mejor, sino como algo que ya no se lleva.

La familia

L.G.: Nos encontramos en un punto de inflexión. Veo tres vértices: la familia, los centros de educación, el Estado. La familia es el primer bastión: si falla, falla todo lo demás. Con mi hijo procuré tomar el ejemplo de mis padres, aplicar todo esto con sentido común y

responsabilidad, tratarlo como a una persona, razonar, dando ejemplo y transmitiendo valores, no utilizando la autoridad desde el poder sino desde la competencia. Hasta ahora nos ha funcionado. La experiencia es que si te implicas y das ejemplo tienes algo ganado. Esto debería continuar en el colegio, en el gobierno municipal y en otros ámbitos...

A.H.: Pero es que justamente lo que nos falla es el modelo de nuestros padres; fuimos educados en otro modelo social. Lo que nos sale instintivamente no nos sirve para nuestros hijos, porque nos lo cuestionan, y tampoco a nosotros nos parece adecuado. Y ahí está el choque, en nosotros mismos.

F.J.: Eso es lo que está por hacerse. Ahora conviven varios modelos en la familia, en la escuela y en la sociedad. Todos los modelos pueden ser válidos. Y hay un peligro: como no sabemos qué hacer, o recurrimos a la mano dura o empezamos a buscar responsabilidades; los responsables son los otros, y entonces no avanzamos.

L.G.: Me pregunto: ¿los hijos se educan solos? Si se tienen que educar sin la

figura de sus padres, si los tenemos que educar con otras personas (cuidadores, abuelos) porque estamos trabajando, creo que tendremos problemas. Si están acompañados por los progenitores, podremos transmitir los valores.

T.M.: El hecho de que no estén todo el tiempo con los padres no tendría que influir: antes no lo estábamos. Los abuelos también tenían bases y las tienen ahora. La familia es, además de padres y abuelos, la televisión, los medios de comunicación, lo que se ve en la calle. Muchas veces los padres están sustituidos por esos medios, pero si detrás de eso no está la familia, tenemos problemas.

¿La familia está perdida?

F.J.: La familia muchas veces está en busca de lo material. El padre y la madre trabajan para sustentar un "bienestar", los niños en la guardería, con cuidadores o incluso solos. Ese modelo tradicional de familia, donde siempre había uno en casa, cambia y se hace más complejo.



Alicia Halperín



Trinidad Moreno

A.H.: Se puede trabajar fuera y seguir apoyando a los niños y dándoles un marco. Los niños se encuentran con los abuelos que imponen y limitan de un modo, mientras los padres no quieren limitar así. Son dos modelos que chocan, pero los niños saben adaptarse y responder a cada uno. Las familias se han topado con la permisividad en la sociedad en general, y ahí estamos un poco perdidos.

¿Existe más permisividad? ¿Son más permisivos tus padres, Ignacio?

I.O.: Sí, yo me imagino que sí, ¡pero esto es magnífico! Porque lo otro era una cosa... (Risas.) A mi madre le marcaban lo que tenía que estudiar y hacer. Está bien que los padres sean más permisivos, que nos dejen desarrollar más libremente, que pensemos qué es lo que queremos y respeten el proceso y el ritmo de aprendizaje de cada uno. Todos somos diferentes y necesitamos que nos entiendan así.

F.J.: Pero no es cierto que ahora los padres sean más permisivos, creo que ahora son más controladores. Programan a los niños sus tiempos: tareas, acti-

vidades extraescolares, deportes, etc. Y, además, cuando juegan ¡se les exige que tienen que compartir! Los niños pequeños tienen ahora grandes dosis de rebeldía porque los tenemos encerrados en compartimentos estancos, no les dejamos tiempo para que jueguen libremente.

I.O.: Es que quieren ser buenos padres y que el hijo haga todo lo que al padre le gustaría haber hecho. Y el hijo luego se rebela.

T.M.: También podemos ver que les brindamos oportunidades de realizar actividades que les apetecen, y que pueden conocer para elegir cosas que les gustan. No tienen por qué ser limitaciones.

L.G.: La vida de los hijos es su vida. Los padres tienen que acompañar. No estar con ellos o aparcarlos en actividades es la misma irresponsabilidad. Educarlos en libertad requiere mucho esfuerzo, un compromiso laborioso y una responsabilidad. A veces es más fácil dejarlos frente al televisor.

A.H.: Lo contrario de controlar es ofrecerles autonomía: que gestionen

sus elecciones. Es difícil brindar elementos para que crezcan y sean independientes.

Límites

En este dibujo, ¿dónde caben los límites?

A.H.: Conviven límites y permisividad. Los niños se pelean contra los límites porque eso es una necesidad para crecer. Los límites son más un marco para moverse que una limitación del movimiento.

F.J.: Las generaciones anteriores pensaban que los hijos accederían a un mundo mejor. Ahora no, el mundo es más complejo, tienen que formarse en muchas cosas. Ante tanta exigencia, se genera una mala conciencia y no se ponen límites en las situaciones más primarias, que al individuo le hacen crecer en su personalidad.

A.H.: Sí, muchos padres manifiestan que ante situaciones de desafío a los límites no saben qué hacer, no se les ocurre cómo poner los límites.



Félix Jiménez



Ignacio Ortiz

L.G.: Tenemos miedo a decir no, a ejercer la autoridad como responsables.

¿Y por qué tenemos miedo?

L.G.: Porque supone enfrentamiento.

Pero antes, a nuestros padres, también les debía ocurrir lo mismo...

L.G.: Antes la autoridad estaba en todos los vértices del triángulo. Era más fácil, estaba más clara en todos lados. Ahora todo está cuestionado. Si los hijos insisten y los padres ceden, eso va minando la autoridad. Y la estrategia con que contamos es el sentido común: te vas a enfrentar pero no por imponer.

I.O.: Cuando un padre cede un día y ante la misma circunstancia otro día no cede, ¡es la hecatombe! (Risas.) Deben ponerse los límites desde el principio. Los hijos buscan el enfrentamiento; así es su propia naturaleza.

A.H.: Antes no había lugar para cuestionar las normas. Ahora se cuestionan en todos lados, en gran

parte de la sociedad occidental, no sólo aquí, donde hubo una dictadura. El cambio nos desorienta.

F.J.: Puede haber tres respuestas: decir sí, decir no o decir es negociable. A todo no es que sí, ni a todo es que no.

A.H.: Hay cosas que consensuar.

I.O.: ¡Justamente lo no negociable es muy atractivo!

A.H.: Pero eso siempre fue así, todos hemos investigado en las cosas prohibidas.

F.J.: Las cosas que no son negociables tienen que estar claras en casa y en el colegio.

A.H.: Los jóvenes y los niños siempre van a buscar romper los límites. Por nuestra parte, falla que no tengamos claro que a nuestros hijos les sirven los límites, y por eso pueden convencernos con argumentos. Han de saber que los límites que les ponemos los protegen y los cuidan. Los niños que no tienen esos cuidados se encuentran con problemas, desorientados.

I.O.: Yo no me entiendo a mí mismo sin mis límites. Son necesarios: me dejan convivir con mi entorno y conmigo mismo. Es cierto que en la adolescencia es difícil reconocer que los límites son útiles. Pero son fundamentales a la hora de sentar las bases de la moralidad, de la convivencia...

La escuela

¿Qué es lo que hace que un docente ejerza más autoridad que otro?

F.J.: Unos perciben que son autoridad por el hecho de ser docentes, otros que tienen que ganársela y otros podrían delegar parte de la autoridad en los alumnos. Cada tipo de docente crea mecanismos diferentes en las aulas. De hecho, el mismo grupo genera conflictos con unos docentes y no con otros. Ahí la variable que cambia es el docente.

T.M.: ¿Cuándo son los chavales menos complicados con el profesor?, ¿cuando el profesor es más rígido o menos? La autoridad tiene que ir acompañada de unir al grupo, siendo cómplice, aportando a su desarrollo, a su aprendizaje. El



problema es que los grupos son muy heterogéneos.

¿La receta es ser cómplice?

T.M.: No sólo cómplice, es necesario un poquito de todo. No puedes ser autoritario porque sí, sino porque estás atrayendo a los chavales. Creo que se funciona mejor no siendo autoritario, y tiene que haber una línea a seguir como dinámica del colegio.

A.H.: Se diferencia entre dos modelos. Por un lado, el profesor cuya autoridad emana de lo que él le da al alumno: seguridad, contención, confianza, afecto, diálogo, un lugar. Y, por otro lado, el modelo del ejercicio del poder, en todas sus formas: la jerarquía, las sanciones disciplinarias que repercuten en las notas.

Ignacio, ¿recuerdas algún profesor que tuviera una relación especial con vosotros?
(Silencio y luego risas.)

I.O.: Sí, en 3º de ESO, en una optativa de Imagen. Un profesor apasionado de su materia. Daba cine, era mayor y se le

veía una autoridad en su materia. Se le veía que disfrutaba con lo que hacía. Ponía películas, nos explicaba sobre la marcha, creaba expectación, no era monótono... Te quedabas con lo que enseñaba.

¿Crees que había menos casos de indisciplina en sus clases?

I.O.: Sí, pero él también ponía límites si era preciso. No recuerdo casos de alboroto.

A.H.: La imagen que nos da Ignacio es la de un docente en el que prima la motivación.

L.G.: El profesor adquiere autoridad, por un lado, por la competencia, pero por otro por la complicidad con el resto de la sociedad y, sobre todo, con los padres. Hemos restado autoridad al profesorado porque trasladamos nuestro fracaso al colegio y exigimos al profesorado que aplique esa autoridad que no supimos ejercer.

A.H.: También los profesores dicen que los padres no ponen límites. De alguna manera, el problema va pasando de

casa al colegio, de abuelos a padres...

F.J.: El profesorado observa que algunos padres no ejercen autoridad y también pasa que hay profesores que modifican sus actitudes para no recibir presión.

¿Otra vez la familia? Estamos cargando mucho las tintas, ¿no?

T.M.: No podemos trabajar aisladamente. En el colegio dependemos de las normas de funcionamiento y del trato que hay en casa. Si los padres cuestionan al profesorado, tiene que ser de igual a igual, no a través de los niños.

A.H.: Eso pasa y es parte del cuestionamiento general indiscriminado de la autoridad. Hay que cuestionar al profesor que es arbitrario o no ayuda a salir adelante. No debemos cuestionar porque sí, ni repetir lo que dice el niño, porque eso no lo ayuda.

¿Quién cuestiona a este profesor?

F.J.: Voy a hacer un poco de abogado del diablo. Cuando el problema es el profesor, ese problema no se resuelve nunca. Por dos causas distintas: por el corporativismo (que a veces agrava la situación) y también por la Administración, que no hace otra cosa que trasladarlo. Todos conocemos casos de un profesor que no es un ejemplo ni para los niños ni en la relación con sus compañeros, y cuando la situación llega al límite, simplemente lo trasladan de centro. Llevo 32 años en ejercicio y no he visto otra cosa.

T.M.: En parte, es verdad lo que dices. Pero somos los profesionales más cuestionados, porque toda la sociedad sabe sobre nosotros. Cuando tenemos un problema con un profesor, es difícil de resolver. Lo mismo pasa cuando tenemos casos de niños para los que no encontramos soluciones. Tenemos muchos puntos de demanda. La Administración no hace nada, chocamos con la legislación, no hay apoyos si no tienes de 15 a 25 niños con dificultades. La legislación no es flexible, no contempla áreas con problemas. A veces nos sentimos solos a la hora de resolver situaciones difíciles.



F.J.: Hablamos de autoridad. Autoridad... ¿para qué? Reforzar... ¿para qué? Cuando el profesorado tiene que abordar una tarea compleja, la autoridad se refuerza con medios. Lo que degenera la autoridad viene de arriba, cuando se deja solos a padres y profesorado y se piensa sólo en los aspectos formales.

I.O.: Creo que hay varios modelos sociales y un solo modelo educativo: una forma de impartir las clases, un modelo de promoción. Existe gente muy diferente que tiene que responder a un solo modelo de educación.

F.J.: Pero cuando hay niños con dificultades, las familias quieren que se les resuelvan los problemas y que se ayude a su autonomía. Para tapar lagunas se están atendiendo bien las necesidades educativas especiales, pero para los que no tienen estas características, aunque tengan dificultades no hay recursos.

Disrupción

¿Ideas para afrontar los casos más conflictivos de indisciplina?

F.J.: Ante esas situaciones, más recursos y mucha dedicación, más profesores por aula. Buscar fórmulas educativas con chavales que han perdido el tren, intentar recuperarles. Aulas más especiales, más flexibles, hay que investigar otras líneas. Las leyes educativas tienen que ser adaptables, ofrecerles otras alternativas.

A.H.: Hablamos de niños problemáticos, pero hay sistemas rígidos y aulas rígidas. A lo mejor estamos manteniendo el modelo donde todos tienen que escuchar al mismo tiempo. Se podrían replantear las dinámicas grupales y las relaciones unilaterales, que señalan a quien le cuesta cumplir con las normas de la enseñanza tradicional. Se pueden buscar formas de más comunicación en el grupo y de mayor valoración personal, para así evitar estas situaciones.

T.M.: En muchas ocasiones, no tenemos otra forma de actuar que la que venimos siguiendo. Tienes una clase rígida, con 25 niños y unos objetivos marcados. Puedes plantearte apoyos, desdobles, estrategias

distintas, pero en el centro sólo hay 30 profesores, y todos ocupados, por supuesto. Por un lado, debemos mejorar la efectividad de nuestros profesores, pero, por otro, sencillamente, necesitamos a más gente. Si tuviéramos dos maestros más en el centro, se rentabilizaría mejor al conjunto del profesorado.

F.J.: En Secundaria tenemos horarios y espacios estancos, cupos de profesores que no nos permiten hacer desdobles, acceder a otros medios o crear dinámicas más atractivas.

I.O.: La clase es un grupo heterogéneo con un sistema rígido. Se convierte en filtro: los capaces tienen éxito, los otros no... Y no porque no sean válidos, sino porque tienen ritmos diferentes.

F.J.: Cuando a determinados alumnos les ofreces opciones, siempre hay alguna alternativa que le pueda enganchar. En primero de la ESO no hay opciones, hay optativa obligatoria y, a veces, cuando puedes ofrecer al alumno distintas opciones, éste ya ha salido del sistema.

F.J.: Uno puede pensar: el sistema no va a tener una solución para cada uno. Pero sí debería ofrecerlas. Un sistema educativo no puede ser un embudo, tiene que tener otra forma. Debería dar opciones para todas las personas, normas claras y mayor flexibilidad. Las etapas no deben ser para prepararse para las siguientes etapas, sino para ofrecer a cada uno formarse de acuerdo a sus capacidades y a sus intereses.

Como conclusión, ¿qué hacer?

A.H.: Me pregunto si entre la familia y la escuela existe realmente un respeto mutuo. Y veo que falta valorar los límites y su aporte a lo educativo. Estas instituciones están autorizadas a limitar. Como alternativa a un modelo autoritario necesitamos un modelo flexible donde no se desdibuje el lugar de cada una, que ambas ejerzan su propia función.

T.M.: Los límites son necesarios, depende de cómo y de dónde se pongan. La escuela es un lugar de convergencia de muchas ideas y

situaciones. Hay que intentar respetarla sin agobiarla, no utilizarla como la herramienta para mejorarlo todo. Tenemos muchas tareas: transmitir valores, contenidos, educar, atender las diferentes problemáticas de los niños. Necesitamos apoyo para realizarlas.

F.J.: Cuanto más competencias y más obligaciones le das a una institución, menos operativa puede ser. A la escuela hay que apartarla de la pelea partidista. Hay que volver a los límites, no porque sí, sino explicando su sentido. Mientras no se expliquen, habrá irracionalidad a la hora de ponerlos y un hacer por hacer sin interiorizarlo. Esta terapia tiene que hacerse de arriba abajo.

I.O.: A veces enseñanza y familia se ven desbordadas por los jóvenes... Es necesario que los gobiernos tengan claro qué se quiere de la enseñanza. Parece que no hay medios para tener una educación mejor y es una pena. Con una sociedad tan heterogénea, va a seguir siendo la educación un elemento de discordia y de estigmatización para un porcentaje importante de los jóvenes. Y las familias tendrían que apoyar mucho a la educación de los hijos, al buen hacer, a los límites y a la moralidad.

L.G.: Creo que somos conscientes del problema, pero que se nos va de las manos. Y dejando al margen la responsabilidad de la Administración, a veces esperamos que el Estado nos resuelva todo, y creo que debe ser un compromiso de todos. Atajarlo implica esforzarse en conjunto. Y no parece que estemos dispuestos a esto.

¿La sociedad está pasiva?

F.J.: La sociedad está aturdida, adormecida, anestesiada.

L.G.: Asumamos nosotros nuestra responsabilidad, que estamos acomodados.

A.H.: La sociedad somos todos; la construimos nosotros todos los días, no todo nos viene dado.

T.M.: Creo que se nos ha inculcado que primero está el individuo y después los demás. Anteponemos lo personal a la sociedad. Somos poco solidarios.